

●●●● Jornada Mundial de la Paz · 1 de enero de 2021



«La cultura del cuidado como camino de paz»

Mensaje del papa Francisco y materiales para la reflexión

Comisión Diocesana de Justicia y Paz ●●●●





Jornada Mundial de la Paz
1 enero 2021

*La cultura del cuidado
como camino de paz*

Mensaje del **papa Francisco**
y materiales para la reflexión

1.^a edición: febrero, 2021

Maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Gráficas Hispania. Campos Vassallo, 20. 03004 Alicante.

Índice

1. Presentación del Mensaje 54 Jornada Mundial de la Paz	5
2. Mensaje del santo padre Francisco para la celebración de la 54 Jornada Mundial por la Paz 2021	7
3. Textos complementarios	
1 · Homilía Santo Padre Solemnidad de San José.....	17
2 · Exhortación Apostólica «Evangelii Gaudium»	20
3 · Justicia y Paz de España y el Mensaje	23
4 · Discurso Premio Príncipe de Asturias de la Concordia 2005	25
5 · Tres años en la Iglesia de la Misericordia	27
4. Cuestionario para el trabajo comunitario del Mensaje.....	30

del Mensaje 54 Jornada Mundial de la Paz

Este año el papa Francisco ha dedicado el Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz a la «cultura del cuidado», una cultura que considera el pontífice es camino para la paz. Fijar la atención en la cultura del cuidado es algo absolutamente pertinente en este momento:

- Porque vivimos en una sociedad tecnocrática donde lo importante es la producción, la utilidad, ser pragmáticos, y no tanto cuidar personas o la naturaleza en la que vivimos.
- Porque hay muchas personas y colectivos sociales descartados y no atendidos debidamente en una sociedad supuestamente tan avanzada, a la vez que descuidamos o aprovechamos excesivamente, más allá de la urgente sostenibilidad, la casa común, el planeta Tierra que nos acoge.
- Porque la pandemia del Covid-19 ha puesto de manifiesto la importancia de los cuidados profesionales, familiares y sociales, a los enfermos, a los ancianos, a los pobres, a los sanitarios desbordados..., que esta enfermedad universal está provocando.

El papa Francisco entró en este tema desde el primer momento de su pontificado. Ya en su primera homilía pública como papa, el 19 de marzo de 2013, habló de la virtud del cuidado personificada en San José, el custodio de Jesús, de María y de la Iglesia, ejemplo del cuidado que los cristianos y todo hombre responsable debe también asumir. También en su documento programático, la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* dedicó unos hermosos párrafos al *cuidado de la fragilidad*.

La presente publicación llegará a nuestras manos en el tiempo de Cuaresma y puede ser muy oportuno acoger esta invitación a la cultura del cuidado como un adecuado elemento de conversión, ya que todos tenemos el riesgo de caer en la tentación del activismo, de la productividad olvidando el cuidado de las personas y del entorno natural y social en el que vivimos.

Que estas palabras nos animen a volver a este hermoso 54 Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz 2021, y a profundizarlo con calma a nivel individual o en grupo, aprovechando también los textos y el cuestionario que el Secretariado Diocesano de Justicia Paz de nuestra diócesis pone a nuestra disposición.

Miguel Riquelme Pomares
Delegado Diocesano de Acción Social y Caritativa

Mensaje del santo padre Francisco para la celebración de la 54 Jornada Mundial por la Paz

1 de enero de 2021

La cultura del cuidado como camino de paz

1. En el umbral del Año Nuevo, deseo presentar mi más respetuoso saludo a los Jefes de Estado y de Gobierno, a los responsables de las organizaciones internacionales, a los líderes espirituales y a los fieles de diversas religiones, y a los hombres y mujeres de buena voluntad. A todos les hago llegar mis mejores deseos para que la humanidad pueda progresar en este año por el camino de la fraternidad, la justicia y la paz entre las personas, las comunidades, los pueblos y los Estados.

El año 2020 se caracterizó por la gran crisis sanitaria de COVID-19, que se ha convertido en un fenómeno multisectorial y mundial, que agrava las crisis fuertemente interrelacionadas, como la climática, alimentaria, económica y migratoria, y causa grandes sufrimientos y penurias. Pienso en primer lugar en los que han perdido a un familiar o un ser querido, pero también en los que se han quedado sin trabajo. Recuerdo especialmente a los médicos, enfermeros, farmacéuticos, investigadores, voluntarios, capellanes y personal de los hospitales y centros de salud, que se han esforzado y siguen haciéndolo, con gran dedicación y sacrificio, hasta el punto de que algunos de ellos han fallecido procurando estar cerca de los enfermos, aliviar su sufrimiento o salvar sus vidas. Al rendir homenaje a estas personas, renuevo mi llamamiento a los responsables políticos y al sector privado para que adopten las medidas adecuadas a fin de garantizar el acceso a las vacunas contra el COVID-19 y a las tecnologías esenciales necesarias para prestar asistencia a los enfermos y a los más pobres y frágiles.

Es doloroso constatar que, lamentablemente, junto a numerosos testimonios de caridad y solidaridad, están cobrando un nuevo impulso diversas formas de nacionalismo, racismo, xenofobia e incluso guerras y conflictos que siembran muerte y destrucción.

Estos y otros eventos, que han marcado el camino de la humanidad en el último año, nos enseñan la importancia de hacernos cargo los unos de los otros y también de la creación, para construir una sociedad basada en relaciones de fraternidad. Por eso he elegido como tema de este mensaje: *La cultura del cuidado como camino de paz*. Cultura del cuidado para erradicar la cultura de la indiferencia, del rechazo y de la confrontación, que suele prevalecer hoy en día.

2. Dios Creador, origen de la vocación humana al cuidado

En muchas tradiciones religiosas, hay narraciones que se refieren al origen del hombre, a su relación con el Creador, con la naturaleza y con sus semejantes. En la Biblia, el *Libro del Génesis* revela, desde el principio, la importancia del *cuidado* o de la *custodia* en el proyecto de Dios por la humanidad, poniendo en evidencia la relación entre el hombre (*'adam*) y la tierra (*'adamah*), y entre los hermanos. En el relato bíblico de la creación, Dios confía el jardín «plantado en el Edén» (cf. *Gn 2,8*) a las manos de Adán con la tarea de «cultivarlo y cuidarlo» (cf. *Gn 2,15*). Esto significa, por un lado, hacer que la tierra sea productiva y, por otro, protegerla y hacer que mantenga su capacidad para sostener la vida. Los verbos «cultivar» y «cuidar» describen la relación de Adán con su casa-jardín e indican también la confianza que Dios deposita en él al constituirlo señor y guardián de toda la creación.

El nacimiento de Caín y Abel dio origen a una historia de hermanos, cuya relación sería interpretada -negativamente- por Caín en términos de *protección* o *custodia*. Caín, después de matar a su hermano Abel, respondió así a la pregunta de Dios: «¿Acaso yo soy *guardián* de mi hermano?» (*Gn 4,9*). Sí, ciertamente. Caín era el «guardián» de su hermano. «En estos relatos tan antiguos, cargados de profundo simbolismo, ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás».

3. Dios Creador, modelo del cuidado

La Sagrada Escritura presenta a Dios no sólo como Creador, sino también como Aquel que cuida de sus criaturas, especialmente de Adán, de Eva y de sus hijos. El mismo Caín, aunque cayera sobre él el peso de la maldición por el crimen que cometió, recibió como don del Creador una *señal de protección* para que su vida fuera salvaguardada (cf. *Gn* 4,15). Este hecho, si bien confirma la *dignidad inviolable* de la persona, creada a imagen y semejanza de Dios, también manifiesta el plan divino de preservar la armonía de la creación, porque «la paz y la violencia no pueden habitar juntas».

Precisamente el cuidado de la creación está en la base de la institución del *Shabbat* que, además de regular el culto divino, tenía como objetivo restablecer el orden social y el cuidado de los pobres (cf. *Gn* 1,1-3; *Lv* 25,4). La celebración del Jubileo, con ocasión del séptimo año sabático, permitía una tregua a la tierra, a los esclavos y a los endeudados. En ese año de gracia, se protegía a los más débiles, ofreciéndoles una nueva perspectiva de la vida, para que no hubiera personas necesitadas en la comunidad (cf. *Dt* 15,4).

También es digna de mención la tradición profética, donde la cumbre de la comprensión bíblica de la justicia se manifestaba en la forma en que una comunidad trataba a los más débiles que estaban en ella. Por eso Amós (2,6-8; 8) e Isaías (58), en particular, hacían oír continuamente su voz en favor de la justicia para los pobres, quienes, por su vulnerabilidad y falta de poder, eran escuchados sólo por Dios, que los cuidaba (cf. *Sal* 34,7; 113,7-8).

4. El cuidado en el ministerio de Jesús

La vida y el ministerio de Jesús encarnan el punto culminante de la revelación del amor del Padre por la humanidad (cf. *Jn* 3,16). En la sinagoga de Nazaret, Jesús se manifestó como Aquel a quien el Señor ungió «para anunciar la buena noticia a los pobres, ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dejar en libertad a los oprimidos» (*Lc* 4,18). Estas acciones mesiánicas, típicas de los jubileos, constituyen el testimonio más elocuente de la misión que le confió el Padre. En su compasión, Cristo se acercaba a los enfermos del cuerpo y del espíritu y los curaba; perdonaba a los pecadores y

les daba una vida nueva. Jesús era el Buen Pastor que cuidaba de las ovejas (cf. *Jn* 10,11-18; *Ez* 34,1-31); era el Buen Samaritano que se inclinaba sobre el hombre herido, vendaba sus heridas y se ocupaba de él (cf. *Lc* 10,30-37).

En la cúspide de su misión, Jesús selló su cuidado hacia nosotros ofreciéndose a sí mismo en la cruz y liberándonos de la esclavitud del pecado y de la muerte. Así, con el don de su vida y su sacrificio, nos abrió el camino del amor y dice a cada uno: «Sígueme y haz lo mismo» (cf. *Lc* 10,37).

5. La cultura del cuidado en la vida de los seguidores de Jesús

Las obras de misericordia espirituales y corporales constituyen el núcleo del servicio de caridad de la Iglesia primitiva. Los cristianos de la primera generación compartían lo que tenían para que nadie entre ellos pasara necesidad (cf. *Hch* 4,34-35) y se esforzaban por hacer de la comunidad un hogar acogedor, abierto a todas las situaciones humanas, listo para hacerse cargo de los más frágiles. Así, se hizo costumbre realizar ofrendas voluntarias para dar de comer a los pobres, enterrar a los muertos y sustentar a los huérfanos, a los ancianos y a las víctimas de desastres, como los naufragos. Y cuando, en períodos posteriores, la generosidad de los cristianos perdió un poco de dinamismo, algunos Padres de la Iglesia insistieron en que la propiedad es querida por Dios para el bien común. Ambrosio sostenía que «la naturaleza ha vertido todas las cosas para el bien común. [...] Por lo tanto, la naturaleza ha producido un derecho común para todos, pero la codicia lo ha convertido en un derecho para unos pocos». Habiendo superado las persecuciones de los primeros siglos, la Iglesia aprovechó la libertad para inspirar a la sociedad y su cultura. «Las necesidades de la época exigían nuevos compromisos al servicio de la caridad cristiana. Las crónicas de la historia reportan innumerables ejemplos de obras de misericordia. De esos esfuerzos concertados han surgido numerosas instituciones para el alivio de todas las necesidades humanas: hospitales, hospicios para los pobres, orfanatos, hogares para niños, refugios para peregrinos, entre otras».

6. Los principios de la doctrina social de la Iglesia como fundamento de la cultura del cuidado

La *diakonia* de los orígenes, enriquecida por la reflexión de los Padres y animada, a lo largo de los siglos, por la caridad activa de tantos testigos elocuentes de la fe, se ha convertido en el corazón palpitante de la doctrina social de la Iglesia, ofreciéndose a todos los hombres de buena voluntad como un rico patrimonio de principios, criterios e indicaciones, del que extraer la «gramática» del cuidado: la promoción de la dignidad de toda persona humana, la solidaridad con los pobres y los indefensos, la preocupación por el bien común y la salvaguardia de la creación.

- **El cuidado como promoción de la dignidad y de los derechos de la persona**

«El concepto de persona, nacido y madurado en el cristianismo, ayuda a perseguir un desarrollo plenamente humano. Porque persona significa siempre relación, no individualismo, afirma la inclusión y no la exclusión, la dignidad única e inviolable y no la explotación». Cada persona humana es un fin en sí misma, nunca un simple instrumento que se aprecia sólo por su utilidad, y ha sido creada para convivir en la familia, en la comunidad, en la sociedad, donde todos los miembros tienen la misma dignidad. De esta dignidad derivan los derechos humanos, así como los deberes, que recuerdan, por ejemplo, la responsabilidad de acoger y ayudar a los pobres, a los enfermos, a los marginados, a cada uno de nuestros «prójimos, cercanos o lejanos en el tiempo o en el espacio».

- **El cuidado del bien común**

Cada aspecto de la vida social, política y económica encuentra su realización cuando está al servicio del bien común, es decir del «conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos y cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección». Por lo tanto, nuestros planes y esfuerzos siempre deben tener en cuenta sus efectos sobre toda la familia humana, sopesando las consecuencias para el momento presente y para las generaciones futuras. La pandemia de Covid-19 nos muestra cuán cierto y actual

es esto, puesto que «nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos», porque «nadie se salva solo» y ningún Estado nacional aislado puede asegurar el bien común de la propia población.

- **El cuidado mediante la solidaridad.**

La solidaridad expresa concretamente el amor por el otro, no como un sentimiento vago, sino como «determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos». La solidaridad nos ayuda a ver al otro -entendido como persona o, en sentido más amplio, como pueblo o nación- no como una estadística, o un medio para ser explotado y luego desechado cuando ya no es útil, sino como nuestro prójimo, compañero de camino, llamado a participar, como nosotros, en el banquete de la vida al que todos están invitados igualmente por Dios.

- **El cuidado y la protección de la creación.**

La encíclica *Laudato si'* constata plenamente la interconexión de toda la realidad creada y destaca la necesidad de escuchar al mismo tiempo el clamor de los necesitados y el de la creación. De esta escucha atenta y constante puede surgir un cuidado eficaz de la tierra, nuestra casa común, y de los pobres. A este respecto, deseo reafirmar que «no puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos». «Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados, que no podrán apartarse para ser tratados individualmente so pena de caer nuevamente en el reduccionismo».

7. La brújula para un rumbo común

En una época dominada por la cultura del descarte, frente al agravamiento de las desigualdades dentro de las naciones y entre ellas, quisiera por tanto invitar a los responsables de las organizaciones internacionales y de los gobiernos, del sector económico y del científico,

de la comunicación social y de las instituciones educativas a tomar en mano la «brújula» de los principios anteriormente mencionados, para dar *un rumbo común* al proceso de globalización, «un rumbo realmente humano». Esta permitiría apreciar el valor y la dignidad de cada persona, actuar juntos y en solidaridad por el bien común, aliviando a los que sufren a causa de la pobreza, la enfermedad, la esclavitud, la discriminación y los conflictos. A través de esta brújula, animo a todos a convertirse en profetas y testigos de la cultura del cuidado, para superar tantas desigualdades sociales. Y esto será posible sólo con un fuerte y amplio protagonismo de las mujeres, en la familia y en todos los ámbitos sociales, políticos e institucionales.

La *brújula* de los principios sociales, necesaria para promover *la cultura del cuidado*, es también indicativa para las relaciones entre las naciones, que deberían inspirarse en la fraternidad, el respeto mutuo, la solidaridad y el cumplimiento del derecho internacional. A este respecto, debe reafirmarse la protección y la promoción de los derechos humanos fundamentales, que son inalienables, universales e indivisibles.

También cabe mencionar el respeto del derecho humanitario, especialmente en este tiempo en que los conflictos y las guerras se suceden sin interrupción. Lamentablemente, muchas regiones y comunidades ya no recuerdan una época en la que vivían en paz y seguridad. Muchas ciudades se han convertido en epicentros de inseguridad: sus habitantes luchan por mantener sus ritmos normales porque son atacados y bombardeados indiscriminadamente por explosivos, artillería y armas ligeras. Los niños no pueden estudiar. Los hombres y las mujeres no pueden trabajar para mantener a sus familias. La hambruna echa raíces donde antes era desconocida. Las personas se ven obligadas a huir, dejando atrás no sólo sus hogares, sino también la historia familiar y las raíces culturales.

Las causas del conflicto son muchas, pero el resultado es siempre el mismo: destrucción y crisis humanitaria. Debemos detenernos y preguntarnos: ¿qué ha llevado a la normalización de los conflictos en el mundo? Y, sobre todo, ¿cómo podemos convertir nuestro corazón y cambiar nuestra mentalidad para buscar verdaderamente la paz en solidaridad y fraternidad?

Cuánto derroche de recursos hay para las armas, en particular para las nucleares, recursos que podrían utilizarse para prioridades más importantes a fin de garantizar la seguridad de las personas, como la promoción de la paz y del desarrollo humano integral, la lucha contra la pobreza y la satisfacción de las necesidades de salud. Además, esto se manifiesta a causa de los problemas mundiales como la actual pandemia de Covid-19 y el cambio climático. Qué valiente decisión sería «constituir con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares ‘un Fondo mundial’ para poder derrotar definitivamente el hambre y ayudar al desarrollo de los países más pobres».

8. Para educar a la cultura del cuidado

La promoción de la cultura del cuidado requiere un *proceso educativo* y la brújula de los principios sociales se plantea con esta finalidad, como un instrumento fiable para diferentes contextos relacionados entre sí. Me gustaría ofrecer algunos ejemplos al respecto.

- La educación para el cuidado nace en la *familia*, núcleo natural y fundamental de la sociedad, donde se aprende a vivir en relación y en respeto mutuo. Sin embargo, es necesario poner a la familia en condiciones de cumplir esta tarea vital e indispensable.

- Siempre en colaboración con la familia, otros sujetos encargados de la educación son *la escuela y la universidad* y, de igual manera, en ciertos aspectos, los agentes de la *comunicación social*. Dichos sujetos están llamados a transmitir un sistema de valores basado en el reconocimiento de la dignidad de cada persona, de cada comunidad lingüística, étnica y religiosa, de cada pueblo y de los derechos fundamentales que derivan de estos. La educación constituye uno de los pilares más justos y solidarios de la sociedad.

- Las *religiones* en general, y los líderes religiosos en particular, pueden desempeñar un papel insustituible en la transmisión a los fieles y a la sociedad de los valores de la solidaridad, el respeto a las diferencias, la acogida y el cuidado de los hermanos y hermanas más frágiles. A este respecto, recuerdo las palabras del Papa Pablo

VI dirigidas al Parlamento ugandés en 1969: «No temáis a la Iglesia. Ella os honra, os forma ciudadanos honrados y leales, no fomenta rivalidades ni divisiones, trata de promover la sana libertad, la justicia social, la paz; si tiene alguna preferencia es para los pobres, para la educación de los pequeños y del pueblo, para la asistencia a los abandonados y a cuantos sufren».

- A todos los que están comprometidos al servicio de las poblaciones, en las organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales, que desempeñan una misión educativa, y a todos los que, de diversas maneras, trabajan en el campo de la educación y la investigación, los animo nuevamente, para que se logre el objetivo de una educación «más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión». Espero que esta invitación, hecha en el contexto del *Pacto educativo global*, reciba un amplio y renovado apoyo.

9. No hay paz sin la cultura del cuidado

La *cultura del cuidado*, como compromiso común, solidario y participativo para proteger y promover la dignidad y el bien de todos, como una disposición al cuidado, a la atención, a la compasión, a la reconciliación y a la recuperación, al respeto y a la aceptación mutuos, es un camino privilegiado para construir la paz. «En muchos lugares del mundo hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las heridas, se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia».

En este tiempo, en el que la barca de la humanidad, sacudida por la tempestad de la crisis, avanza con dificultad en busca de un horizonte más tranquilo y sereno, el timón de la dignidad de la persona humana y la «brújula» de los principios sociales fundamentales pueden permitirnos navegar con un rumbo seguro y común. Como cristianos, fijemos nuestra mirada en la Virgen María, Estrella del Mar y Madre de la Esperanza. Trabajemos todos juntos para avanzar hacia un nuevo horizonte de amor y paz, de fraternidad y solidaridad, de apoyo mutuo y acogida. No cedamos a la tentación de desinteresarnos de los demás, especialmente de los más débiles; no nos acostumbremos

a desviar la mirada, sino comprometámonos cada día concretamente para «formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros».

Vaticano, 8 de diciembre de 2020

1. Homilía Santo Padre **Solemnidad de San José**
2. Exhortación Apostólica «**Evangelii Gaudium**»
3. **Justicia y Paz** de España y el **Mensaje**
4. Discurso **Premio Príncipe de Asturias de la Concordia**
5. Tres años en la **Iglesia de la Misericordia**

1. HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO EN LA SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ

Martes 19 de marzo de 2013

Hemos escuchado en el Evangelio que «José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer» (Mt 1,24). En estas palabras se encierra ya la misión que Dios confía a José, la de ser custos, custodio. Custodio ¿de quién? De María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia, como ha señalado el beato Juan Pablo II: «Al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo» (Exhort. ap. *Redemptoris Custos*,1).

¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total,

aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, acompaña en todo momento con esmero y amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como en los difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús.

¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera Lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, para salvaguardar la creación.

Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos.

Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la

confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.

Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer.

Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro.

Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.

Y aquí añadido entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura...

Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor; es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. Y, para el creyente, para nosotros los cristianos, como Abraham, como san José, la esperanza que llevamos tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, está fundada sobre la roca que es Dios.

Custodiar a Jesús con María, custodiar toda la creación, custodiar a todos, especialmente a los más pobres, custodiarnos a nosotros mismos; he aquí un servicio que el Obispo de Roma está llamado a desempeñar,

pero al que todos estamos llamados, para hacer brillar la estrella de la esperanza: protejamos con amor lo que Dios nos ha dado.

2. EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DEL PAPA FRANCISCO EVANGELII GAUDIUM

Cuidar la fragilidad

209. Jesús, el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona, se identifica especialmente con los más pequeños (cf. Mt 25,40). Esto nos recuerda que todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra. Pero en el vigente modelo «exitista» y «privatista» no parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida.

210. Es indispensable prestar atención para estar cerca de nuevas formas de pobreza y fragilidad donde estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque eso aparentemente no nos aporte beneficios tangibles e inmediatos: los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados, etc. Los migrantes me plantean un desafío particular por ser Pastor de una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos. Por ello, exhorto a los países a una generosa apertura, que en lugar de temer la destrucción de la identidad local sea capaz de crear nuevas síntesis culturales. ¡Qué hermosas son las ciudades que superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes, y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo! ¡Qué lindas son las ciudades que, aun en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan, favorecen el reconocimiento del otro!

211. Siempre me angustió la situación de los que son objeto de las diversas formas de trata de personas. Quisiera que se escuchara el grito de Dios preguntándonos a todos: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). ¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que estás

matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas porque no ha sido formalizado? No nos hagamos los distraídos. Hay mucho de complicidad. ¡La pregunta es para todos! En nuestras ciudades está instalado este crimen mafioso y aberrante, y muchos tienen las manos preñadas de sangre debido a la complicidad cómoda y muda.

212. Doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos. Sin embargo, también entre ellas encontramos constantemente los más admirables gestos de heroísmo cotidiano en la defensa y el cuidado de la fragilidad de sus familias.

213. Entre esos débiles, que la Iglesia quiere cuidar con predilección, están también los niños por nacer, que son los más indefensos e inocentes de todos, a quienes hoy se les quiere negar su dignidad humana en orden a hacer con ellos lo que se quiera, quitándoles la vida y promoviendo legislaciones para que nadie pueda impedirlo. Frecuentemente, para ridiculizar alegremente la defensa que la Iglesia hace de sus vidas, se procura presentar su postura como algo ideológico, oscurantista y conservador. Sin embargo, esta defensa de la vida por nacer está íntimamente ligada a la defensa de cualquier derecho humano. Supone la convicción de que un ser humano es siempre sagrado e inviolable, en cualquier situación y en cada etapa de su desarrollo. Es un fin en sí mismo y nunca un medio para resolver otras dificultades. Si esta convicción cae, no quedan fundamentos sólidos y permanentes para defender los derechos humanos, que siempre estarían sometidos a conveniencias circunstanciales de los poderosos de turno. La sola razón es suficiente para reconocer el valor inviolable de cualquier vida humana, pero si además la miramos desde la fe, «toda violación de la dignidad personal del ser humano grita venganza delante de Dios y se configura como ofensa al Creador del hombre».

214. Precisamente porque es una cuestión que hace a la coherencia interna de nuestro mensaje sobre el valor de la persona humana, no debe esperarse que la Iglesia cambie su postura sobre esta cuestión. Quiero ser completamente honesto al respecto. Éste no es un asunto sujeto a supuestas reformas o «modernizaciones». No es progresista pretender resolver los problemas eliminando una vida humana. Pero también es verdad que hemos hecho poco para acompañar adecuadamente a las mujeres que se encuentran en situaciones muy duras, donde el aborto se les presenta como una rápida solución a sus profundas angustias, particularmente cuando la vida que crece en ellas ha surgido como producto de una violación o en un contexto de extrema pobreza. ¿Quién puede dejar de comprender esas situaciones de tanto dolor?

215. Hay otros seres frágiles e indefensos, que muchas veces quedan a merced de los intereses económicos o de un uso indiscriminado. Me refiero al conjunto de la creación. Los seres humanos no somos meros beneficiarios, sino custodios de las demás criaturas. Por nuestra realidad corpórea, Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación. No dejemos que a nuestro paso queden signos de destrucción y de muerte que afecten nuestra vida y la de las futuras generaciones. En este sentido, hago propio el bello y profético lamento que hace varios años expresaron los Obispos de Filipinas: «Una increíble variedad de insectos vivían en el bosque y estaban ocupados con todo tipo de tareas [...] Los pájaros volaban por el aire, sus plumas brillantes y sus diferentes cantos añadían color y melodía al verde de los bosques [...] Dios quiso esta tierra para nosotros, sus criaturas especiales, pero no para que pudiéramos destruirla y convertirla en un páramo [...] Después de una sola noche de lluvia, mira hacia los ríos de marrón chocolate de tu localidad, y recuerda que se llevan la sangre viva de la tierra hacia el mar [...] ¿Cómo van a poder nadar los peces en alcantarillas como el río Pasig y tantos otros ríos que hemos contaminado? ¿Quién ha convertido el maravilloso mundo marino en cementerios subacuáticos despojados de vida y de color?». Pequeños pero fuertes en el amor de Dios, como san Francisco de Asís, todos

los cristianos estamos llamados a cuidar la fragilidad del pueblo y del mundo en que vivimos.

3. JUSTICIA Y PAZ DE ESPAÑA Y EL MENSAJE

Comentario al Mensaje Jornada de la Paz, a cargo de Francisco Javier Alonso Rodríguez, Presidente de Justicia y Paz - España

Oportunamente, el papa Francisco ha rescatado el tema de la cultura del cuidado para el Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz de 2021. Voy a referirme a las raíces bíblicas e históricas de la cultura del cuidado terminando con algunas demandas actuales de la cultura del cuidado en las que trabaja Justicia y Paz.

La cultura del cuidado tiene sus raíces en las primeras páginas del Antiguo Testamento cuando, en los primeros capítulos del Génesis, el Creador confía el cuidado de la creación al ser humano. Esta posee raíces profundas en la cultura de Israel, en el momento en que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob encomienda a su pueblo el cuidado del emigrante, del huérfano y de la viuda. También, la denuncia de los profetas por los pecados contra la viuda, el huérfano y el migrante va a ser motivo de su martirio...

La causa de la cultura del cuidado guarda sus páginas más bellas en los Evangelios y Jesús es el mejor ejemplo que podemos encontrar en la historia de la humanidad

La cultura del cuidado comienza en los Evangelios, en el hecho de que la divinidad confía el cuidado de su hijo a una mujer, María. Poco nos podíamos imaginar que la alianza definitiva entre Dios y la humanidad iba a nacer cuando el Creador confía a su hijo a una madre.

No es la primera vez que una mujer expresa sobresalientemente la cultura del cuidado en las páginas bíblicas. Podemos recordar el juicio del justo rey Salomón ante las dos mujeres que pugnaban por el mismo niño. El rey se ofrece a cortar el niño por la mitad para satisfacer la demanda de ambas y solamente la verdadera madre renuncia con el fin de que este no pierda la vida.

De igual modo José, el esposo de María, es ejemplo de cultura del cuidado en las escasas ocasiones en que se refieren a él los evangelistas.

De José sabemos poco. Conocemos que no era un fariseo pues, si lo hubiera sido, habría entregado a María a la lapidación. Por ser justo y cuidar a Jesús huyó a Egipto y por cuidar a Jesús se estableció en Nazareth de Galilea.

Uno de los mejores ejemplos de cultura del cuidado en el Antiguo Testamento es José, el hijo de Jacob. José es modelo de cuidado cuando perdona a sus hermanos que le habían traicionado y asimismo, es paradigma de cuidado en la gestión de los recursos públicos. Nos enseña un modelo perfecto de gestión: ahorrar en los tiempos de prosperidad para tener recursos en los tiempos de crisis...

En nuestros días, las propuestas del papa Francisco en favor de la cultura del cuidado también irritan y son motivo de ira.

No me sorprende que quienes critican el mensaje del Papa invoquen las palabras de Caín, el primer homicida: ¿Acaso soy yo guardián de mi hermano?

La cultura del cuidado forma parte de nuestra tradición histórica. En la Alta Edad Media, ayuntamientos y monasterios estaban obligados a practicar esta cultura del cuidado. Desde la Baja Edad Media las órdenes mendicantes y sus conventos se suman a esta tarea primordial. Y ese fue el deseo de Isabel la Católica para las personas nativas de América.

El liberalismo decimonónico redujo la cultura del cuidado a la beneficencia y en la Iglesia, después de las desamortizaciones, florecieron congregaciones atentas a la cultura del cuidado. Hoy, el cuidado de las personas vulnerables no es solo el fruto de la liberalidad de las personas buenas sino además, un derecho reconocido en multitud de constituciones y textos legales. Los derechos económicos, sociales y culturales, los derechos de la segunda generación, son expresión de esta cultura del cuidado.

Sin embargo, estamos demasiado lejos de que el árbol de la cultura del cuidado, a pesar de la profundidad de sus raíces, alcance el tamaño que requiere la dignidad humana. Por eso, es oportuno el mensaje del papa Francisco que nos señala un horizonte moral que demanda nuestra pronta acometida...

En 2008, el Consejo Pontificio de Justicia y Paz denunció que la crisis provocada por las élites financieras se iba a pagar con recortes a las personas más vulnerables. Y su denuncia suscitó el reproche de

las élites financieras. La crisis de la pandemia llegó con unos sistemas sanitarios insuficientes, con falta de personal y falta de recursos. La competencia profesional del personal de enfermería es el cuidado de las personas enfermas. Multitud de profesionales de la sanidad han pagado su entrega y su dedicación con el contagio de la enfermedad, sus secuelas y el fallecimiento. La pandemia ha puesto de relieve la precariedad del personal sanitario y de tantas profesiones esenciales. No hay cultura del cuidado sin trabajo decente también en las profesiones que se ocupan del cuidado de personas.

La cultura del cuidado no se cubre solo con recursos financieros y económicos. Necesitamos ternura del personal de las administraciones públicas y de las instituciones privadas. La ternura no puede ser algo que se tiene si se paga. Necesitamos ternura en los centros de salud y en los hospitales y también en la escuela, en Hacienda, en el banco.

Es absolutamente cruel que una persona anciana piense que ya no merece vivir porque es una carga. Es una vergüenza que cada vez sea más difícil contactar con Hacienda, con tu banco, con una empresa de la que eres cliente. No es justo obligar a utilizar herramientas informáticas a quien no las conoce y que a la entrada de cualquier institución no haya nadie y tengas que tratar con máquinas que no comprendes.

Por todo esto, apremia una cultura del cuidado como horizonte moral para el conjunto de la humanidad. No podemos seguir pagando el precio del máximo beneficio con trabajos indecentes y negocios insostenibles.

La cultura del cuidado es una cultura que aúna sostenibilidad económica con sostenibilidad social y sostenibilidad ambiental...

La Iglesia no puede estar de espaldas a estas responsabilidades...

4. DISCURSO PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE LA CONCORDIA 2005

Sor Evelyne Franc, Superiora General de las Hijas de la Caridad.

Majestad, Alteza, Señor presidente de la Fundación Príncipe de Asturias, dignísimas autoridades eclesiásticas, civiles y militares,

señoras y señores:

**«El Amor y la fidelidad se encuentran
La justicia y la paz se besan» (Salmo 84)**

Con gran emoción, tengo la alegría de dirigirme a Ustedes, en este foro de la Fundación «Príncipe de Asturias», en el contexto de una sociedad cada vez más sensible, sedienta de concordia y de paz, de respeto a la dignidad humana, de verdad, de justicia y de libertad.

He comenzado esta breve y sencilla intervención, evocando las palabras del Salmo 84, que tan bellamente enlaza la justicia y la paz. La justicia y la paz se buscan, son inseparables.

Permítanme que, en nombre de todas las Hijas de la Caridad, exprese nuestra felicitación a la Fundación por la promoción de los grandes valores culturales, científicos, humanos y sociales que contribuyen a hacer la vida más humana, que favorecen la justicia y la paz en nuestro mundo.

Permítanme también expresar nuestro agradecimiento por este reconocimiento de la Fundación, hacia el servicio humanitario y social realizado por la Compañía de las Hijas de la Caridad en España y en todo el mundo, a lo largo de 372 años de entrega y compromiso al lado de quienes necesitan pan, consuelo, esperanza.

Este es también un reconocimiento a toda la Iglesia y a cuantos comparten tiempo, esfuerzos y medios en favor de los más desfavorecidos, en favor de todos aquellos que en nuestro mundo, están privados de justicia y buscan la paz.

Nuestra sociedad anhela vivamente un mundo sin fronteras, un mundo donde no existan barreras entre los que tienen y pueden y los que están desprovistos de todo. Cada vez más nuestros contemporáneos, especialmente los jóvenes, sienten la urgencia de edificar un mundo nuevo, más solidario, fruto de la globalización del amor. Un mundo nuevo, una familia de pueblos que comparten equitativa y solidariamente los bienes de la tierra, destinados a todos los hombres. Un mundo que, en el fondo, casi sin saberlo, tiene necesidad de fe y de esperanza, tiene hambre de Dios.

Vivir la solidaridad, compromete a ir más allá y más lejos en la

defensa de la vida, a veces amenazada en su integridad a causa del egoísmo de unos pocos.

Vivir la solidaridad compromete a ir más allá y más lejos en la búsqueda de recursos suficientes que permitan mejorar las condiciones de vida de quienes están condenados a sobrevivir, ya sea perdidos en el laberinto de la marginación, o forzados a dejar su país en frágiles pateras, vergüenza de nuestra sociedad.

Vivir la solidaridad es un desafío para nosotras Hijas de la Caridad, llamadas a continuar en el mundo la misión de Jesucristo, evangelizador y liberador de los pobres, impulsadas por san Vicente de Paúl y santa Luisa de Marillac, nuestros Fundadores, amigos de los pequeños y necesitados.

Nos sentimos felices, agraciadas de poder entregar nuestra vida al Señor para gastarla en el servicio de nuestros hermanos y hermanas. Como un torrente de vida, la historia de la Iglesia está repleta de bellísimas páginas escritas con el lenguaje humilde y sencillo del servicio a los necesitados, con el lenguaje silencioso de una generosidad creativa. La Compañía de las Hijas de la Caridad, intenta colaborar modestamente, en la construcción de la civilización del amor, donde la justicia y la paz brillen para siempre. Damos gloria a Dios por este premio «Príncipe de Asturias».

Muchas gracias, estimados amigos, por hacer posible que en este foro excepcional resuene la voz de los heridos de la vida y se acoja el mensaje que nos dirigen desde sus sufrimientos. Cada vez que nuestro corazón acoge al otro, se enciende en el mundo la luz de la esperanza, «la justicia y la paz se besan».

5. TRES AÑOS EN LA IGLESIA DE LA MISERICORDIA

SALUDO DEL PADRE ÁNGEL

Un sueño cumplido. Siempre deseé tener una iglesia abierta las 24 horas. Nunca entendí por qué hay comercios que están siempre abiertos y, sin embargo, las iglesias tienen horarios.

El día 3 de marzo de 2015 a las 10:00 de la mañana abrimos por primera vez la Iglesia de San Antón y, desde entonces, no se ha cerrado. Tengo que agradecer al cardenal Carlos Osoro que confiara en mí para esta Misión.

Iglesia de San Antón, centro religioso, social y cultural. Iglesia de la Misericordia, Hospital de campaña, esto es lo que hemos querido que se sienta al entrar en este templo.

En esta Iglesia he tenido la suerte de encontrarme con una realidad que antes no había vivido tan de cerca, las personas en situación de calle. De ellos he aprendido a valorar todas esas cosas que nos parecen evidentes pero que, para ellos, que carecen de todo, no lo son. Gracias a todos ellos por dejarme formar parte de su vida y por ayudarme a ser un poco mejor. La realidad de todas estas personas es mucho más dura de lo que uno puede imaginar. Mi deseo es haber contribuido a mejorar un poco su situación y espero que la iglesia de San Antón siga siendo un lugar de acogida, de escucha, de oración y un lugar donde curar las heridas.

CENTRO RELIGIOSO, SOCIAL Y CULTURAL

¿Por qué estos tres conceptos? San Antón es diferente, porque la ubicación, el espacio y las personas que se acercan allí lo hace diferente. Las necesidades son múltiples y variadas y hemos querido, en la medida de lo posible dar cobertura a muchas de ellas.

Sólo al entrar en la iglesia ya todo llama la atención, la imagen del Santísimo que invita a la oración y el recogimiento. Junto a todos los símbolos religiosos, propios de una iglesia, destaca la innovación tecnológica: WIFI gratis, pantallas de televisión, enchufes para cargar los móviles, streaming para seguir por internet los actos, Tablet en el confesionario para las personas con problemas auditivos. La presencia de todos estos aparatos se puede considerar esnobismo, pero en realidad tiene un profundo contenido de valores como es la inclusión. Las personas que están en situación de calle no tienen acceso a estos servicios tecnológicos, puesto que carecen de hogar, San Antón les ofrece la oportunidad de acceder a estos servicios de forma gratuita.

A la entrada de la iglesia hay una máquina de vending, llama mucho la atención porque parece una máquina de tabaco, pero es una máquina

solidaria, expendedora de colaboraciones con los más desfavorecidos: alimentos, ducha, lavandería...

Podemos encontrar fuente de agua, cambiador de pañales, desfilbrilador, aseos.

Tenemos café durante todo el día, invitando a que la gente sea solidaria dejando un pequeño donativo para que otro pueda tomarlo.

El tradicional cepillo que en otras iglesias se pasa durante las misas, en San Antón está abierto para «dejar lo que puedas y coger lo que necesites».

Las mesas camilla invitan a una relación más directa, intentando crear un clima más hogareño. La entrada de animales en la iglesia refuerza la sensación de estar en casa, lo mismo que la librería y los bancos acolchados para que estén más cómodos.

El Teléfono Dorado, dirigido a personas mayores que necesitan escucha. Atendido por voluntarios. Se han recibido a lo largo de estos tres años alrededor de siete millones de llamadas.

Interrogantes para seguir avanzando

Los Mensajes para la Jornada Mundial de la Paz son siempre una herramienta importante para la difusión, desarrollo y actualización de la doctrina social de la Iglesia y, por tanto, para la evangelización de la realidad social. Por eso, sería importante que estos mensajes fueran leídos y meditados por todos los creyentes, analizados y discutidos en grupo en todas las comunidades cristianas, y que permitieran encontrar la ocasión de poner a la Iglesia en situación «de salida» (en expresión el papa Francisco en su exhortación *«Evangelii Gaudium»*) hacia la sociedad.

La afirmación central del mensaje es muy clara: **la cultura del cuidado para erradicar la cultura de la indiferencia, del rechazo y de la confrontación; la cultura del cuidado como camino de paz.**

«En este tiempo, en el que la barca de la humanidad, sacudida por la tempestad de la crisis, avanza con dificultad en busca de un horizonte más tranquilo y sereno, el timón de la dignidad de la persona humana y la ‘brújula’ de los principios sociales fundamentales pueden permitirnos navegar con un rumbo seguro y común. Como cristianos, fijemos nuestra mirada en la Virgen María, Estrella del Mar y Madre de la Esperanza. Trabajemos todos juntos para avanzar hacia un nuevo horizonte de amor y paz, de fraternidad y solidaridad, de apoyo mutuo y acogida. **No cedamos a la tentación de desinteresarnos de los demás, especialmente de los más débiles;** no nos acostumbremos a desviar la mirada, sino comprometámonos cada día concretamente para ‘formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros’».

Algunas sugerencias para reflexionar en grupo:

1. ¿Te han sorprendido las referencias bíblicas sobre el «cultivo y el cuidado» tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento? ¿Eres consciente de dicha tradición e intuición de la Iglesia inserta desde los orígenes de la fe?
2. La «gramática del cuidado» consiste, básicamente, en la promoción de la dignidad de toda persona humana, la solidaridad con los pobres y los indefensos, la preocupación por el bien común y la salvaguardia de la creación. ¿Sientes que la Iglesia se mantiene fiel a ese «corazón palpitante» de la cultura del cuidado? ¿Cómo crees que se puede actualizar e impulsar esa «gramática»?
3. Comparte tus experiencias concretas y personales de cuidado.
4. Comenta esta frase: «...nuestros planes y esfuerzos siempre deben tener en cuenta sus efectos sobre toda la familia humana, sopesando las consecuencias para el momento presente y para las generaciones futuras. La pandemia de Covid-19 nos muestra cuán cierto y actual es esto, puesto que ‘nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos’, porque ‘nadie se salva solo’».

